ALBERTO FUGUET CONFIESA

"POR QUE MATE A ALEKAN"

por Paula Escobar

Detrás del famoso Enrique Alekán, el columnista del Wikén de *El Mercurio*, está la mano y la pluma del periodista, crítico de cine y ahora escritor debutante, Alberto Fuguet. "Yo no soy Alekán", corrige medio desesperado, "yo sólo soy su creador". Aquí nos cuenta los entretelones de la vida y muerte del personaje aquel. Y habla de *Sobredosis*, el libro que está a punto de lanzar.

Le dicen gringo no precisamente por sus rasgos físicos. Es porque Fuguet es *made in USA* en sentido literal. Allí fue hecho, y vino a nacer acá porque su madre echaba de menos... pero al mes de vida ya estaba de vuelta en el suburbio donde se crio. Sus primeros balbuceos fueron en inglés. Y recién a los catorce años, cuando sus padres decidieron sorpresivamente volverse a Chile, tuvo que empezar a hablar en castellano.

"Básicamente yo me crié para ser un surfista, un tipo super bronceado..." Pero ni salió surfista ni super bronceado, porque se vino a Chile. Dice que no se chocó con el cambio de aire y de paisaje, pero que muchas cosas le llamaron la atención.

Su gran nexo con Estados Unidos fue y sigue siendo el cine. Por el inglés y porque veía en la pantalla los lugares que él conocía. "Yo no sé si quería ser crítico de cine. Pero el cine ha sido para mí algo super importante... Pensé en ser cineasta, pero aquí no estaban los medios... De chico yo me había hecho amigo de algunos distribuidores, iba a los cines y les pedía posters, y al final me conocían. Un cubano chico que apenas hablaba castellano... Me fui sintiendo en esa onda como de curioso. Bueno, y un día me dejaron ver una película antes. Me metí y ahí vi el mundo de los periodistas, de los críticos de cine. Y ahí se me ocurrió ser crítico de cine".

Fue a muchas revistas y en todas le dijeron que no. Al final consiguió trabajo en un diario en inglés, *Santiago Chronicle* se llamaba, y era dirigido "por una gringa muy chora". En una oficina en la calle Huélen hizo sus primeras críticas de cine. Gratis, tenía 19 años.

Después entró a estudiar periodismo. En la Universidad de Chile, "por supuesto". Mientras estuvo en la es-

cuela, no se dedicó a trabajar, pero sí "tuvo un despertar político. Pero no me fui al chancho como la mayoría de las personas. No me transformé ni en activista ni en dirigente, ni hablaba de política todo el día, pero a los cuatro meses ya tenía la película clara. Si había que ir a las protestas, iba".

LA HISTORIA DE ALEKAN

No recuerda el día preciso en que decidió su muerte. Sólo sabe que estaba asfixiado, como acogotado con él. "Ya era 'too much'. El me estaba comiendo... Al final lo odiaba. Mucha gente decía que era yo y se me acercaba por eso. O me echaban jullas... A veces estaba en un bar y oía hablar de Alekán... Una vez casi se me dio vuelta el vaso..." dice y comienza a recordar cuando lo creó.

Trabajaba (como ahora) haciendo crítica de cine en *El Mercurio*. Un día, la editora le pidió una columna sobre restaurantes y lugares taquilla. Como un conde de Lafourchette joven. Él dijo que sí. Pero para que no fuera tan trivial, inventaron un personaje que deambulaba por estos lugares. Y así nació Enrique Alekán, tomándole prestado el nombre a un famoso fotógrafo francés.

"Me presentaron a un gallo en el diario con las características que supuestamente tenía el personaje. Yo le pregunté varias cosas, pero después, por fijera quizás, le fuí poniendo más cosas más..."

Y ahí fue donde la situación comenzó a ponerse un poco más seria. Porque lo que al principio era "divertido, omeño, fácil de hacer y teropéutico" para Fuguet, comenzó a agarrar vuelo. Un vuelo que él nunca sospechó.

Le llegaron alrededor de setecientas cartas. Y el divertido personaje co-

menció a estar en boca de medio mundo. Fuguet le fue poniendo cada vez más pino. Incluso hubo una relación con una mujer que se armó en gran medida a través de la columna. "Fue raro... hubo muchas cosas que no nos dijimos en persona. Lo decía Alekán y ella lo recibía. Fue una seducción, un conocimiento mejor dicho, a través de un artículo que todo el mundo leía en el diario. Era como esquizofrénico".

Y así le mandaba mensajes a mucha gente. Pasaba goles tartarón. Porque no hay que tener dos dedos de frente para darse cuenta de que Alekán era bastante osado para este país en general y para *El Mercurio* en particular. Partió siendo un zapping de la clase alta chilensis, preocupado de las marcas y las cosas más frívolas, pero poco a poco se fue interesando en política, hablaba de sus amores, de las costumbres de su generación. Todo con un estilo desenfadado y coloquial. En fin, una serie de ingredientes que lograron la identificación de muchos.

El ente de ficción crecía y crecía. Las tallas y las bromas comenzaron a molestarle. Y con esa sensación partió a Nueva York. Estuvo un mes deambulando por allá y cuando volvió "entendí que mi personaje se había convertido en una cosa nacional... exagerada... 'too much'. Incluso mi familia ya sabía, y antes no. Tenía demasiadas exigencias... Todo el mundo me pedía que fuera mejor. Y si yo lo tiraba para un lado se enojaban... Me di cuenta de que Alekán era más importante que yo, que Alekán recibía demasiada atención, que yo ya estaba medio bloqueándome con él... entonces me puse observador. Y ahí murió Alekán".

La excusa que necesitaba para terminar el no tardó en llegar. La editorial Planeta le ofreció publicar algunos cuentos suyos y así, mientras

nació *Sobredosis*, Fuguet aprovechó de dar de baja a su alter ego.

"Por casualidad o no, él nació en el peor período de mi vida... Que no es tampoco tan tremendo ¿cachái?, pero fue la enésima vez que me di cuenta de todo... Alekán tuvo un desarrollo. Partió en el suelo y terminó yéndose a Estados Unidos, al nuevo mundo, qué sé yo... Poco a poco fue encontrándose consigo mismo..."

¿O se fue encontrando con Alberto Fuguet?

—Probablemente. Puede ser... se ríe y se queda un rato en silencio—. La gracia de Alekán era que tenía características que no tenían los hombres chilenos. Era sensible, se atrevía a reconocer que perdía, que no era un triunfador, a pesar de tener cara de serlo. O sea, capaz de reconocer que estaba paralizado, que no sabía siempre. Que a veces le iba bien y a veces mal. No sé, eso de contar las cosas que hay en el closet llamaba la atención.

LOS PELOS DE PUNTA

—En esta entrevista la gente que le escribió las setecientas cartas, que lo leyó sin saber quién era y que se identificó con Alekán, yo a saber quién es usted. ¿Qué sensación le produce eso?

—No podemos decir que Alberto Fuguet es Enrique Alekán. Alberto Fuguet creó a Enrique Alekán. Creó, usando algunas cosas de él... Siento que hice mi labor bien. Es como los actores, que interpretan papeles... Creo que no engañé a nadie. Porque si bien Alekán no existe, creo que sí existe, y creo que hay mucha gente parecida y de hecho yo me encuentro parecido a él.

—¿Y se ha puesto en el caso de que la gente identifique a Alekán con Fuguet?

—No sé cómo responderle. Siento

Por qué maté a Alekán [entrevista] [artículo] : Paula Escobar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuguet, Alberto, 1964-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Por qué maté a Alekán [entrevista] [artículo] : Paula Escobar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile